



Gonzalo Serrano del Pozo
Doctor en Historia
Facultad de Artes Liberales
Universidad Adolfo Ibáñez

El Chile que no vemos

Uno de los aspectos más relevantes en medio de las declaraciones cruzadas, expectativas, análisis políticos y autoflagelaciones luego de la jornada electoral del fin de semana pasado, fue que, entre el sábado 15 y domingo 16 de mayo, participó menos de la mitad de las personas que pudieron haberlo hecho.

Las cifras indican que solo sufragó el 43,35% de los electores, correspondiente a 6.458.760 personas. Por lo tanto, hubo cerca de 8 millones y medio de personas que, por distintas razones, prefirieron quedarse en su hogar y no participar.

Este dato, muy significativo, no apunta a desacreditar el proceso y restarle mérito a esta jornada. Por el contrario, esas son las reglas del juego de la democracia y, por tanto, hay que aceptarla y respetarla. Por el contrario, esto me conduce a realizar un cuestionamiento profundo respecto a lo que pudiera estar pasando en nuestra sociedad y la poca capacidad que han tenido los medios de comunicación, sus analistas, los partidos políticos y, por supuesto, quienes estamos en la academia, para entenderlo.

Se me ocurren varias explicaciones, desde la señora que tuvo miedo a contagiarse hasta el que prefirió ver la infartante definición de la Liga española. Pasando por el que considera que votar es avalar un sistema pútrido y al que simplemente le dio flojera. Agreguemos otros argumentos que se han dado: que este sería el resultado de la crisis de la educación pública,

un largo periodo sin clases de educación cívica o el cercenamiento progresivo de las clases de Historia. También podría ser una muestra más del individualismo del mundo moderno y de la anomia en la que ha enfatizado Carlos Peña. En fin, podría llenar páginas con una serie de conjeturas sobre lo que pasó el fin de semana pasado, reflexionando desde la comodidad de mi hogar calefaccionado, en un ejercicio intelectual que no necesariamente guarda relación con el mundo real.

En definitiva, mi sensación es que el espectro de la abstención puede ser tan amplio como indescifrable, desde el señor que no fue a votar porque era partidario del Rechazo, hasta el anarquista que no cree en la democracia.

En realidad, lo que nos deja esta inédita jornada es que hay una gran parte del país que no estamos viendo, a la que no somos capaces de interpretar ni de comprender, aunque algunos, en un acto de soberbia intelectual o ceguera electoral se han negado a asumirlo.

Así lo vemos, por ejemplo, en los representantes de la Lista del Pueblo, título dado por ellos mismos y que les permite creerse en derecho de ser la voz de una gran mayoría y arrogarse una serie de mandatos en pos de esta misión.

Resulta interesante comprobar, contrario a las altas expectativas de la voz del pueblo, que aquellos personajes que fueron los rostros visibles de lo que sería un descontento con el sistema, como Luis Mesina, símbolo de NO+AFP, Mario Aguilar, ex Presidente del Colegio de profesores, no hayan obtenido los votos suficientes para ser miembros de la Asamblea Constituyente.

Esta incapacidad para leer el ambiente e ir acorde con los tiempos tiene su máxima expresión en los partidos políticos, cuyas estructuras decimonónicas ya empiezan a mostrarse en una fase terminal, al tratar de seguir insistiendo en una dinámica y forma de hacer las cosas cada vez más lejana a las actuales generaciones.

Algo similar ocurre con la franja electoral, tal como lo mencionó el flamante constitucionalista Agustín Squella en una columna: “habría que revisar ese espacio para futuras elecciones porque está ya a punto de transformarse en causa principal de la abstención”.

Finalmente, y a modo de conclusión, más que buscar una solución forzada, como podría ser volver al voto obligatorio, debemos tratar de hacer un acto de humildad intelectual respecto a nuestra incapacidad para comprender a esta mayoría silenciosa que pareciera transitar de forma indiferente por un Chile paralelo. Y, junto con esto, avanzar hacia este sector para conocerlo e intentar involucrarse en un sistema que, para que realmente funcione, debe tener comprometidos a la mayor parte de los ciudadanos.

“Resulta interesante comprobar que aquellos personajes que fueron los rostros visibles de lo que sería un descontento con el sistema, como Luis Mesina, símbolo de NO+AFP, Mario Aguilar, no hayan obtenido los votos para ser miembros de la Asamblea Constituyente”.



Miguel Schloss
Exdirector de Planificación Corporativa
del Banco Mundial y director ejecutivo
de Transparency International

Cambio climático y transformación

El desarrollo económico en siglos recientes ha sido impulsado por avances tecnológicos, particularmente equipos de combustión interna, con consiguientes emisiones de CO₂. El consenso emergente, tanto en el Acuerdo climático de París como en la reciente Cumbre en Washington, es que dichas emisiones deben reducirse para limitar aumentos de temperatura global a menos de 2 grados Celsius por encima de los niveles preindustriales.

Un esfuerzo de esta magnitud requiere cambios de proporciones históricas en políticas energéticas y una inversión del orden de US\$16,5 billones. Ello implica una profunda transformación en las prácticas de producción y transporte, y un desarrollo de energías renovables, cuyos costos deben seguir disminuyendo para llegar a ser genuinamente competitivas con fuentes tradicionales, para superar sus dependencias de condiciones climáticas y consiguientes limitados factores de carga (o el tiempo que pueden operar).

El panel inter-gubernamental de expertos, IPCC, considera que estas metas debieran ser más ambiciosas para evitar daños irreversibles en los ecosistemas, logrando economías sin emisiones de CO₂ y temperaturas que no excedan 1,5 grados los niveles preindustriales para 2050. Ello requerirá acciones aún más profundas que podrían reducir las economías entre 0,3 a 0,5% de PIB.

Con casi 30 años desde el acuerdo original sobre el tema, hay poco progreso en la agenda del cambio climático. Con la excepción de la caída económica en 2020, las emisiones de CO₂ se han mantenido en los mismos niveles los últimos 25 años.

Las acciones han tendido a centrarse en monitoreos; establecimiento de fondos para proyectos medioambientales (sólo en la Unión Europea hay más de 15 fondos diferentes para este fin); la introducción de subsidios difíciles de administrar y distorsionantes; mecanismos públicos de aprobación ambiental que suelen

ser engorrosos, costosos y de lenta respuesta.

No es por tanto de extrañar que sólo un tercio de países hayan propuesto metas dentro del marco del Acuerdo de París, y varias naciones mayores no han definido sus planes con suficiente concreción como para hacer pensar que habrá un avance significativo en el futuro cercano.

El camino por delante será largo y engorroso. Habrá costos que pagar, plantas a cerrarse, ganadores y perdedores, así como comprensible resistencia al cambio. Por ello se requerirá un enfoque estratégico para lograr los objetivos que se están trazando, respondiendo a un ambiente crecientemente cambiante y disruptivo.

Ello requerirá especial atención al sector eléctrico, que absorbe más energía primaria que cualquier otro, y más de un tercio de las emisiones de carbono. Además, para lograr resultados tangibles, se deberá enfocar deliberadamente en la eficiencia y eficacia, especialmente respecto a:

La reducción de controles discrecionales, enfatizando políticas que proporcionen entornos eficientes de inversión, que reflejen el valor de escasez y absorción de gastos de cumplimiento con regulaciones, evitando procesos que recarguen a las entidades públicas que no dan abasto para responder a demandas más básicas.

Políticas medioambientales más sensibles a consideraciones económicas, que se centren mejor en la asequibilidad e integren adecuadamente requerimientos de seguridad, eficiencia y acceso energético.

Financiamiento de programas de adaptación y mitigación, para facilitar el ajuste a condiciones emergentes durante la transición, con mecanismos de captura, uso y almacenamiento de carbono, y fuentes de transición menos contaminantes como el gas.

Apoyo a investigación y desarrollo de nuevas tecnologías, dada la carencia de soluciones de descarbonización de escala masiva y económicas.

El tema no se resuelve con objetivos aspiracionales o forzando metas arbitrarias que sean costosas o difíciles de cumplir. El desafío se tendrá que centrar en crear condiciones para movilizar recursos financieros, humanos y organizacionales que generen soluciones compatibles con el potencial y limitaciones de nuestro entorno.

“El camino será largo y engorroso. Habrá costos que pagar, plantas a cerrarse, ganadores y perdedores, y comprensible resistencia al cambio. Se requerirá un enfoque estratégico para lograr los objetivos que se están trazando, respondiendo a un ambiente cambiante y disruptivo”.